

Nº 550
26
Noviembre
2021
Viernes



Los compañeros del metal

Rafael C. Estremera *(El Correo de España)*

Los compañeros del metal me han acompañado desde los ya lejanos tiempos en que estudiaba COU. Había en el Instituto Quevedo la –spongona– habitual recua de huelguistas profesionales –esto es, pagados y con billetes en el bolsillo para demostrarlo–, sinvergüenzas, vagos, maleantes y, en general, gentes de mal vivir, empeñados en que los estudiantes nos solidarizásemos con los compañeros del metal. No recuerdo que otros compañeros –del andamio, por ejemplo; o del taxi, de la granja o del pesquero de altura– mereciesen su atención. Los compañeros del metal suscitaban un interés especial entre los huelguistas profesionales.

Los compañeros del metal también fueron motivo de muchas huelgas universitarias. Había que solidarizarse con los compañeros del metal a toda costa. Incluso si los compañeros del metal no tenían a bien solidarizarse conmigo cuando me ponían un examen de matemáticas, un sábado de mitad de junio a las tres de la tarde.

Tal parece que esta misma atracción sienta la señora Yolanda Díaz, los dipu-



tados podemitas y separatistas, y quien sabe si incluso socialistas. Aunque estén en el Gobierno, lo suyo sigue siendo la algarada callejera, agua en la que han nadado siempre. Además, persiste en ellos la idea de que los salvajes tienen preferencia sobre las personas razonables, los energúmenos sobre los pací-

ficos. Siempre han estado del otro lado, y se les nota. Incluso –como los garfuros que son– presumen de ello.

Así, doña Yolanda Díaz se olvida de que es Vicepresidenta del Gobierno para exigirle al Ministro del Interior –según la prensa– que retire la «tanqueta» desplegada por las Unidades de Intervención Policial (UIP) ante las protestas en Cádiz, dado que los trabajadores del sector del metal «no son delincuentes»

sino que están «legítimamente defendiendo sus derechos»... utilizando la manifestación y la huelga que consagra la Constitución como prerrogativas fundamentales de los ciudadanos.

Es justo y apropiado que una señora Vicepresidenta se preocupe de proteger los derechos de los ciudadanos. Derechos como el de huelga, sí; pero también derechos como la libre circulación, sin que unos energúmenos corten carreteras y vías férreas, incendien contenedores y vehículos, arrojen todo tipo de proyectiles contra quien se ponga por medio, secuestren a toda una comarca para usar a los ciudadanos como rehenes, y causen daños que luego pagaremos entre todos, y no el alcalde –medio anarquista, medio gilipollas– que les anima a quemar la desgraciada ciudad de Cádiz que des gobierna.

También es justo que, como Ministra de Trabajo, se haya mostrado preocupada por las cifras de paro de la zona. Pero, si bien como activista política lo suyo es que doña Yolanda Díaz use la más descarada demagogia, quizá como Ministra de Trabajo debería preocuparse de facilitar la creación de empleo.

Y tal vez –como Vicepresidenta del Gobierno dedicada a defender los derechos constitucionales–, debería doña Yolanda Díaz denunciar a su compañero que preside el grupo parlamentario de Unidas Podemos, Jaume Assens, por evidente menosprecio a los compañeros del metal, dado que este señor –o lo que sea– le ha preguntado al –según la terminología progre–



Ministre Grandó-Marlaske por qué la misma tanqueta cuya presencia ante la guerrilla urbana de Cádiz tanto ha molestado a los podemitas, no estuvo en la manifestación neonazi de Chueca. Evidente menosprecio a los compañeros del metal, a los que parece considerar indignos de la

misma atención que, en su opinión, habrían merecido los que denomina ultraderechistas.

O al menos, debería doña Yolanda Díaz exigir la inmediata dimisión de su compadre podemita, porque con la sugerencia de que devuelva las tanquetas a la Ministra de Defensa demuestra su desconocimiento de la realidad. Porque las tanquetas de la Policía no son, evidentemente del mismo tipo que las militares, ni llevan el armamento de las militares, ni la dotación que a las militares corresponde.

¿O es que la Ministra y el grupo parlamentario de Podemos pretende que se envíen tanquetas del Ejército a resolver la huelga de los compañeros del metal, para poder provocar algaradas a gusto?

* * *

Nociones de lingüística para progres

Tomás Salas

Doctor en Filosofía y Letras y escritor

Desde que el suizo Ferdinand de Saussure sienta las bases de la lingüística moderna, sabemos que la lengua tiene un carácter estructural, es un sistema en el que todos sus elementos se interrelacionan. Uno de sus conceptos más importantes es el de la «arbitrariedad» del signo lingüístico. Esto es: no hay causalidad, no existe relación lógica entre la idea y la forma. La lengua es algo convencional, artificial si se quiere. Todos estamos de acuerdo tácitamente en que este objeto en que tomo mi café se llama «taza». Esta realidad convencional necesita el acuerdo de todos los hablantes y no puede estar al capricho de la voluntad individual. Cualquier lengua, por lo tanto, es estable, coherente, sólida por naturaleza.

El capricho o hábito individual puede afectar al hablante o a un grupo, pero



no al sistema. En mi tierra malagueña, como recalcitrantes ceceantes, decimos *estoy en la caza de mi zuegra*, pero ello no afecta a la vigencia de la oposición s/z en la lengua española, que no es otra la que felizmente poseemos los ceceantes malagueños, y a que lo escri-

bamos con corrección. Esto es lo que Saussure llama el carácter «diacrónico» de la lengua.

Ahora bien, es evidente que la lengua cambia, evoluciona. Nuestro castellano no es el mismo que el del *Mío Cid* o el de Berceo; aunque sí es casi el mismo que el de Jovellanos –dejando aparte el léxico–. Esta mutación es lenta, gradual. La lengua tarda mucho en consolidar unos cambios, que tienen su origen en actos individuales, como estructurales. Sería algo parecido a lo que, en el campo biológico, es una mutación genética provocada por factores externos. Este es el aspecto «diacrónico» de la lengua. La oposición entre sincronía y diacronía es, precisamente, uno de los conceptos fundamentales de la lingüística.

¿Dónde quiero llegar? La forma de hablar de la gente se ha visto afectada, históricamente, por la ideología, por la religión, por el poder. No es éste un fenómeno nuevo. Sin embargo la ideología, de lo Políticamente Correcto, con todo su poder mediático, cultural y político, da una vuelta de tuerca a esta relación histórica entre lengua e ideología. Crea una especie de censura permanente que no permite la infracción de la norma; que corrige o condena moralmente al infractor. En una charla sobre tema literario, una compañera con

la que compartía el estrado, me corrigió públicamente un par de veces cuando hice referencia a «hombres» y no a «hombres y mujeres».

Pero nuestra progresía hispana (y el término «progresía» trasciende al de izquierda: pero ese es otro tema) es más osada y propone directamente cambios en el uso de la lengua. Esto, por los motivos que he expuesto, es imposible porque un acto individual no puede alterar el delicado, secular mecanismo de la lengua, lentamente destilado por generaciones de hablantes.



Además, la osadía de estas novedades se hace mayor, ya que no sólo propone cambios en el vocabulario, que serían más factibles en lo que cabe, sino en las normas (para entendernos, en la Gramática). La Sra. Ministra dice *niño, niña y niñe* y, no sólo inventa mágicamente una nueva palabra, sino que modifica (lo intenta, seguramente ignorando la imposibilidad del intento) los mecanismos de la formación del género en español.

El último episodio de esta comedia presenta un aspecto digno de mención. La Vicepresidente del Gobierno comenzó una alocución pública dirigiéndose a sus oyentes con un *autoridades y autoridades*. La Sra. Vicepresidente no se percató de que *autoridad* en español es un sustantivo femenino. Por lo tanto, si tenía la buena intención de referirse a ambos géneros, debió decir *autoridades y autoridades*. Esto se llama: equivocarse erróneamente.

* * *

¡Viva Cuenca libre, queremos puerto de mar!

Agustín Valladolid (*Vozpópuli*)

La ventaja de formar parte de un gobierno y no tener apenas competencias, o que más allá del ruido constante de la propaganda la incidencia de estas en la vida de los ciudadanos sea ínfima, es que cuando arrecian las protestas tienes la opción de no darte por aludido. Incluso te puedes permitir el lujo de ponerte un domingo al frente de la manifestación de turno para dos días después ocupar como si tal cosa tu asiento en el Consejo de Ministros.

Cádiz ardiendo, el precio de la energía desbocado, se manifiestan ganaderos, transportistas y policías, la inflación fuera de control, la mayor parte de las ayudas a empresas y autónomos en dificultades no acaba de llegar por una deficiente gestión, la recuperación pierde fuelle y en 2020 España será el país del mundo con un mayor incremento de los concursos de acreedores, pero no pasa res. No va con ellos. Y, sin embargo, nada de lo que ocurre tiene fácil explicación si excluimos del análisis esa indolencia cómplice.

Es extraordinariamente meritorio conciliar con naturalidad el papel de gobierno y el de oposición; lo malo es que el doble juego tiene consecuencias. Porque lo que practica Unidas Podemos, y consiente Pedro Sánchez, no solo es una rareza políticamente insostenible; es que cada día nos sale más cara. La corrección a la baja de las expectativas de crecimiento, o el retraimiento de las inversiones, por citar dos de los indicadores que evalúan la puntual vitalidad de las economías nacionales, tienen mucho que ver con la desconfianza que propaga urbi et orbi un gobierno desacoplado e incoherente al que solo mantiene en pie la necesidad táctica de la permanencia.

Desacoplado, táctico y desavenido. Un gobierno en el que hace ya demasiado tiempo se quebró del todo la confianza; un gobierno en el que los enviados de su presidente negocian clandestinamente en Bruselas los extremos de las



reformas pendientes para evitar que la contraparte se eche definitivamente al monte; un gobierno en el que su vicepresidenta segunda no duda en utilizar la plataforma de proyección pública que el Estado pone a su disposición para segarle los pies a sus transitorios compañeros de aventura.

Ya ni el recurrente espantajo de Franco sirve para tapar las

goteras de una coalición que a cada paso que da –como esa pretensión de ampliar a 1982 el revisionismo irresponsable de la Transición– incrementa un poco más la presión de la inseguridad jurídica en la caldera de la inestabilidad. La coalición hace aguas pero sigue remando, no para llegar a buen puerto, sino esperando el momento en el que alguien grite aquello de ¡sálvese quien pueda! y, despojados ya de máscaras, dé comienzo una nueva y crucial pugna por la supervivencia.

Y es ahora, en este envidiable contexto, en esa carrera ya iniciada por la preservación del poder, cuando desde la pocería partidaria asoma la ocurrencia de fomentar la entrada en la escena política de minifundios electorales destinados a debilitar al adversario; pequeñas agrupaciones locales que, apoyándose en el muy provechoso ejemplo de la extorsión tolerada a los partidos nacionalistas, reclaman su parte del pastel; iniciativas que tienen su origen en un «populismo territorial» del que habla García-Page y que no habrían brotado de haber cumplido los partidos nacionales con sus obligaciones, empezando por el del presidente castellano-manchego.

España vacía, políticos vaciados

Teruel Existe, Cáceres Viva, València Unida, Soria Ya, Viriatos Plataforma Ciudadana, Cuenca Ahora y no sé cuántos inventos más, son el preocupante reflejo de un doble abandono: el que afecta a la España vacía, sí, pero también el de unos diputados cuyo anclaje con el territorio es más nostálgico y retórico que eficiente; políticos, estos sí, vaciados, que por delante de los intereses de

su circunscripción colocan la obediencia ciega al líder y al partido que les proporciona escaño y manutención.

La ventaja de los nacionalismos periféricos es que a casi todos ellos (hay alguna excepción) les importa una mierda la gobernabilidad del Estado. Es más, su progresión, y su supervivencia, están íntimamente relacionadas con la debilidad o la fortaleza de ese mismo Estado. Ni Teruel Existe, ni Soria Ya, ni Cuenca Ahora son comparables a Esquerra Republicana, JxCat o PNV. El problema es que su éxito sería una gran noticia para los Junqueras y Puigdemont. La irrupción en el Parlamento nacional de un cantonalismo de nuevo cuño, de cuyos heterogéneos apoyos pudiera llegar a depender el Gobierno de la nación, sería un impagable regalo para aquellos cuyo objetivo último es desmontar el proyecto iniciado con la Transición.

Hace muchos años, en las horas previas al espectáculo memorable que en la Semana Santa conque se ofrecen las Turbas –y en las posteriores–, se escuchaba de vez en cuando una especie de grito de guerra alimentado en parte por la euforia que provocaba la ingesta de ese peculiarísimo (sic) licor llamado resolí: «¡Viva Cuenca libre, queremos puerto de mar!». El obispo de la provincia era Guerra Campos, y Franco estaba en las últimas. Ese grito, y algunos otros que Google me recomienda no reproducir, arreciaban cuando monseñor se asomaba el viernes santo al balcón del ayuntamiento para saludar al respetable. Eran desahogos voceados desde el confortable anonimato de la



muchedumbre; una de las pocas expresiones masivas de disconformidad que no tenían fácil reprimir.

Hoy, cuarenta y tantos años después, de tener éxito la maniobra consistente en fragmentar aún más el Parlamento para agarrarse al poder, no es descartable que alguien, a no mucho tardar, pretenda convertir aquel grito, más naíf que efectivo, en decreto-ley. Y si ya es de por sí dificultosa la gobernación de un Estado altamente centrifugado que navega con el control del timón en disputa y en medio de un mayúsculo temporal, la de un país con 25 o 30 partidos con representación en el Congreso, de los cuales solo dos son en esencia partidos nacionales, puede derivar en una catástrofe cuyas consecuencias no son fáciles de imaginar.

La postdata: Casado se topa con Franco (y con su equipo)

Circulan distintas versiones sobre la misa «franquista» a la que acudió Pablo Casado en la tarde del 20-N. Una de ellas propaga la especie de que se trató de un «error» premeditado que buscaba reconciliar al líder del Partido Popular con los votantes de Vox. Nada que ver con la realidad. Casado llegó tarde y se fue antes de que terminara el oficio al comprobar dónde se había metido,

lo que ni explica ni justifica el inexplicable patinazo, uno más, del equipo más cercano al presidente del PP.

* * *

Los pactos de doble filo de Pedro Sánchez: el PSOE aprende a vivir al límite

Esther Jaen (ESdiario)

Confían en el entorno del presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, que los pactos en los que está involucrado el PSOE son tanto o más necesarios para quienes lo suscriben que para el propio Gobierno Sánchez. El Ejecutivo ha aprendido a vivir al límite, a pactar y salvar escenarios en el último suspiro del plazo fijado y quienes negocian en el nombre de Sánchez se han instalado en la idea de que, si no hay acuerdo, será mucho peor para quienes rompan la baraja.

Fuentes del Ejecutivo aseguran, por ejemplo, que la CEOE tiene muy difícil descolgarse de la negociación de la Reforma Laboral, porque «no puede permitirse más “noes” alegremente, ya que le puede pasar lo mismo que ocurrió



con la reforma de las pensiones, que sus representados salgan mucho peor parados de lo que hubieran quedado si hubiesen firmado».

Sostienen desde el Ejecutivo que, si bien la posición gubernamental era más próxima a repartir de forma

«más equilibrada» el incremento de las cotizaciones a la Seguridad Social entre la empresa y el trabajador, el «portazo» de la CEOE, cuyos representantes no se molestaron en ofrecer una posición para iniciar la negociación, sino que se descolgaron de la misma argumentando que la previsión de recaudación del Gobierno no era creíble.

Esto provocó un cambio de posición en el Ejecutivo, que se avino a pactar la fórmula más ventajosa para los sindicatos y el incremento del 6% quedó repartido en un aumento del 5% para la empresa y un 1% para el trabajador.

A partir de aquí, las versiones que se ofrecen desde el Ejecutivo se dividen entre quienes aseguran que «hubo que cerrar el acuerdo con los sindicatos, porque era un condicionante de la UE a la recepción de los Fondos Next Generation y urgía sacarlo adelante para acelerar la llegada de millones de euros» y los que presentan el contenido del pacto como un «golpe en los nudillos» del gobierno a la Patronal.

Todo ello por haber «boicoteado» sin molestarse en presentar propuestas ni negociar un acuerdo que sabían necesario, pero «que han rechazado por mero tacticismo político, por no dar una baza al Gobierno y evitar las críticas de aquellos que les afean tantos acuerdos previos con un gobierno socialcomunista».

La moraleja, en todo caso, parece ser que el que se levanta de una mesa de negociación se arriesga a que pacten en su contra, ya sea por mera necesidad y/o con el consiguiente correctivo añadido, adornado con un puntito de mala leche. Por otra parte, los socios parlamentarios del Gobierno se quejan también de ese estilo negociador.

Lo hicieron públicamente en el último debate de las enmiendas a la totalidad de los Presupuestos Generales del Estado el representante de ERC, Gabriel Rufián, o el del PNV, Aitor Esteban, que llegó a esgrimir el escrito de enmienda que había elaborado y que hubiese presentado formalmente en el Registro de la Cámara Baja si no se hubiese alcanzado un acuerdo in extremis, que se logró, según fuentes negociadoras, tras una conversación al filo de la medianoche, en las horas previas a que expirase el plazo de la tramitación de enmiendas a la totalidad.

Sostienen estas mismas fuentes que, el ministro de la Presidencia, Félix Bolaños, entonó también el «no podéis tumbarnos los presupuestos, porque para vosotros no sería nada bueno...» pero que



su interlocutor, el presidente del EBB, Andoni Ortúzar, le hizo ver cordialmente que, puestos a perder, perdía mucho más el Gobierno Sánchez. Vamos, que hablando, las personas se entendieron... y encauzaron la negociación, que sigue viva en el trámite de enmiendas parciales.

¿Puede hacer lo mismo ERC? Para su desgracia, no. Por poder, pueden hacer muchas cosas y muy imaginativas, pero, por el momento, siendo realistas y ante el veto de la CUP a los Presupuestos de la Generalitat de Cataluña, han tenido que contar con los votos de los Comunes.

Nadie descartaba nada, pero en las quinielas de este fin de semana, casi todo el mundo apostaba por un nuevo acuerdo de última hora como el que finalmente se ha producido. En el que los Comunes pueden ser tabla de salvación y transferir a Unidas Podemos mayor capacidad de presión frente a su propia negociación interna con el PSOE, dentro del Ejecutivo. Los pactos son navajas de doble filo y así las manejan en el Gobierno.

* * *

El enigma del odio

Alfonso Ussía

Enigmático es el odio de esas mujeres de la ultraizquierda que han conseguido llegar a cimas insospechadas por toda suerte de sendas y en lugar de agradecer con el buen ánimo su inmerecida suerte, han convertido en odio lo que tendría que ser gratitud y alegría



Tuve una lejana prima que vivía inmersa en el odio hacia todo lo que se moviera en su entorno. Odiaba a sus padres, a sus hermanos, a sus primos, al perro, a la tortilla de patatas, a los porteros de su casa, a la primavera, el verano, el otoño y el invierno. Odiaba a la luna llena, que ya es odiar. Y todo por unas minucias, unos pequeños detalles que torturaban su estado de ánimo. Era muy fea, es cierto. Y gordísima. Y a los 40 años mantenía en su rostro los destrozos del acné juvenil. Pero sus padres y hermanos eran también muy feos, y no odiaban al mundo. Decía cosas muy antipáticas sin ton ni son, y abofeteó en plena confesión al Padre Aniceto Ruidera, de la Orden Carmelitana, en la misa de las 12 de los Carmelitas de Ayala. Al pobre Padre



Aniceto se le escapó un comentario inoportuno. Le preguntó durante su reconciliación con Dios: -¿Has cometido actos impuros?-, y ella respondió con un «no» rotundo. Entonces el sacerdote carmelita fue víctima del subconsciente y susurró: -claro, con ese aspecto, qué tonterías pregunto-. Y se la llevó

puesta el Padre Aniceto, que por otra parte, hay que reconocer que no estuvo a la altura de las normales circunstancias penitenciales.

Mi prima insultaba a los viandantes, no soportaba la presencia de una mujer guapa, y pinchaba los globos a los niños. Y se fue apartando poco a poco del mundo y de su fe cristiana. Ignoraba que el odio, cuando se incrusta en el hígado, agiganta hasta extremos insoportables la fealdad, tanto la física como la anímica. Y mi prima a los 45 años alcanzó la cumbre de su fealdad. Para angustiar aún más su amargura, le creció desmesuradamente el bocio, le nació bigote y le emergieron golondrinos bajo los brazos. Falleció como consecuencia de una enfermedad que no tenía tratamiento ni remedio. De odio.

Con los años, he comprendido su tragedia. Su funeral, también oficiado en los Carmelitas de la calle de Ayala de Madrid, fue una fiesta. Todos los asistentes rezaron sonrientes, el Padre Aniceto parecía haberse quitado diez años de encima, los niños se abrazaban alborozados y los padres, más que sentidos pésames, recibieron toda suerte de enhorabuenas.

Durante los saludos, en lugar de una pieza ejecutada al órgano con las notas tristes del desconsuelo y la esperanza, el organista interpretó «Juanita Banana», y aquello se convirtió en el malecón de Santo Domingo.

Murió odiando, pero su odio era lógico, no enigmático.

Enigmático es el odio de esas mujeres de la ultraizquierda que han conseguido llegar a cimas insospechadas por toda suerte de sendas, vericuetos, lechos y mamandurrias, y en lugar de agradecer con el buen ánimo su inmerecida suerte, han convertido en odio lo que tendría que ser gratitud y alegría. Esa Irene Montero, que saltó de cajera a amante y de amante a ministra. Esa Rita, que tiene un físico atractivo y palmeral. Esa Belarra, que ha asumido a dedo el liderazgo de un fracaso, pero liderazgo al fin y al cabo, y para colmo,



es ministra sin saber hacer la O con un canuto.

Echenique tiene sobrados motivos para odiar y desear que el resto de la humanidad comparta con él sus limitaciones. Pero estas pijas ignorantes y derrochadoras, ministras y parlamentarias de la innecesariedad, tendrían

que transmitir gozo y gratitud por haber alcanzado lo que muchas mujeres, mucho más preparadas y trabajadoras, no lograrán jamás. ¿Por qué odian?

Tienen buenas casas, alguna de ellas magnífica, dinero propio, dinero ajeno, cierto atractivo personal cuando se abrazan a la higiene, seguridad personal, coches oficiales, viajes de gorra y todas las ventajas que conceden sus cargos. ¿El odio está justificado? ¿Oodian saberse en posesión de lo que odiaban antaño, bien por rencor, bien por la envidia? ¿Se odian a sí mismas por saberse inmersas en la oscura estancia del Poder con mayúscula? Lamento no poder comprender su odio. Lo de mi prima tenía una justificación. El odio está afeando sus perfiles y sus ánimos, cuando tendrían que despertar cada mañana bailando unas sevillanas. En fin, el odio enigmático. El de la ultraizquierda. La envidia que no se evapora.

* * *